

BOLIVAR, ORADOR MILITAR

Por JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

Cuando quiere la Divina Providencia realizar sus asombrosos planes en el mundo, escoge los instrumentos, los enriquece con las dotes convenientes para que, bajo sus auspicios y como guiados por su invisible mano, realicen prodigios que sobrepujan las fuerzas humanas. Tal cosa, si es lícito a ojos profanos penetrar en tan recónditos misterios, se verificó en hombres como Colón y Bolívar, en aquél para descubrir el Nuevo Mundo, en éste para hacer independiente media América de la dominación española.

Para cumplir tan alta empresa, Bolívar debía poseer, dotes extraordinarias, y las poseyó en efecto: amor a su suelo nativo, libre de vulgares ambiciones; amor a la libertad, llevado hasta el delirio, hasta el fanatismo; gran corazón a prueba de los mayores reveses e infortunios, y aquel rayo del fuego del cielo que se llama genio en el lenguaje de los hombres.

Refieren que, de joven, viajando por Europa, llegó una vez a pisar en Roma el Monte Sagrado; y que allí, doblando la rodilla sobre aquella tierra de antigua libertad, e invocando las sombras de Camilo, de Fabio y de Cincinato, juró consagrar su vida a la independencia de su Patria. Bolívar atravesó el Atlántico, y al pisar la primera playa colombiana desenvainó el acero y empezó de luego a luego la tremenda lucha.

Lo que obró hasta coronar la empresa de emancipar su Nación y fundar a Colombia, y después libertar la tierra de los incas y crear una nueva República que lleva su nombre, y las penalidades y trabajos que para esto sufrió, con esa constancia que no desmayaba nunca ni en medio del fiero horror de las estaciones inclementes, guerreando, ora en las inmensas sabanas inhospitales y abrasadoras, ora entre los desfiladeros de los páramos bravíos, en la cumbre de los volcanes, con reducidas huestes, faltas de todo, de vestuarios, de vituallas, de municiones, contra ejércitos reglados, veteranos y valerosos, muchos de ellos vencedores de los soldados de Napoleón I; todo esto, y las providencias administrativas para organizar sociedades no educadas para la vida de la República, que "salían con miembros entorpecidos por las cadenas" a respirar de repente el aura de la libertad; y su valor, su magnanimidad, su desprendimiento, son cosas que pertenecen a la Historia, en cuyas páginas van apareciendo más y más grandes sus hechos a medida que corren los tiempos y callan

las voces de la calumnia, y más tarde servirán de grandioso argumento a la epopeya hispanoamericana.

Voy a examinar rápidamente sus escritos, voy a considerarlo como orador militar, faz por la cual no ha sido considerado todavía.

En las democracias antiguas, se hacían las leyes, se elegían los magistrados y se decretaba la paz o la guerra en las juntas populares; los oradores eran, por decirlo así, los árbitros de la suerte de la República, y la elocuencia deliberativa alcanzó entonces el más alto grado de perfección. Las modificaciones y cambios introducidos después en la forma de gobierno, la limitaron a las asambleas o cámaras representativas; y el cambio de auditorio templó su vehemencia primitiva, pues no era lo mismo perorar al pueblo reunido en la plaza en Atenas o en Roma, que hablar delante de pocos oyentes en un congreso. En los tiempos modernos queda como ejemplo O'Connell arengando al pueblo irlandés, tanto por lo numeroso del concurso, como por la magnanimidad del orador y la importancia suma del asunto. La antigua clasificación de la elocuencia en los tres géneros deliberativo, demostrativo y judicial pareció insuficiente en nuestro tiempo, y la crítica hizo un género aparte de la elocuencia militar; en la cual no sólo es justo colocar las alocuciones y proclamas sino también toda expresión según el lugar y las circunstancias en que se profiera.

Tal género no se ajusta a las estrechas reglas que rigen en las composiciones de otro orden; cosa natural, porque siendo la escena y el auditorio diferentes, diferentes deben ser también los pensamientos, el lenguaje, la acción. El orador militar necesita una palabra de fuego que caiga rápida e inflame instantáneamente los corazones del pueblo o del ejército para inclinarlo a tomar alguna suprema resolución o empujarlo a la muerte o a la victoria. No en el recinto estrecho de la sala de un parlamento ni en las bóvedas de un templo debe resonar esa voz, sino en el campo, al aire libre, bajo el palio espléndido del firmamento: el orador militar habla no en la tribuna sino al pie de las banderas que sacude el viento, delante de los tupidos batallones, cuyas armas brillan al sol; en frente, no lejos del enemigo, en cuyo campo se mezcla con el ronco redoble del atambor guerrero, el relinchar de los caballos impacientes y el agrio son del clarín que manda el combate. Allí todo debe ser rápido, animado, vehementemente: una breve exposición, recuerdos de glorias antiguas, grito de venganza por las derrotas sufridas, voz animadora, llena de convicción y de esperanza; a veces insulto mordaz lanzado atrevidamente al enemigo; la promesa de los bienes que ofrece la victoria, y esto, declamado, gritado con acento alto, desgarrador, solemne. De modo que si hubiera de tomar una comparación para ilustrar este asunto, diría que la elocuencia militar es como las ondas de un mar alborotado por la tormenta, cuyas inmensas moles corren aceleradas con el soplo del huracán, y llegan al alto promontorio y allí se rompen con estruendo, y espuman y borbotan, y hierven; en tanto que otras especies de elocuencia, en grado mayor o menor, se asemejan o a mansos ríos que corren apacibles, lamiendo campos tupidos

de grama y colmados de flores, o a lagos tranquilos en los cuales se pintan las estrellas de un cielo sereno.

Esta elocuencia, como eco que es de la pasión en su último paroxismo, admite la esplendidez del estilo metafórico en su mayor grado; y tal forma, natural en ella, sería hinchada en arengas de otra clase: diferencia que no han tenido en cuenta los que tachan de ampulosos los discursos del Libertador. Quien se halla al frente del enemigo en el trance de una batalla; quien habla a soldados, si valientes, rudos por lo común; quien debe aprovechar las circunstancias del lugar y el momento, mal puede detenerse a buscar giros y formas que no se atemperan a la situación. Así es como son naturalísimas estas palabras de Napoleón I: "Cuarenta siglos os contemplan de lo alto de esas pirámides"; y las de Bolívar después de Ayacucho: "¡Soldados colombianos! centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo."

Por las mismas razones nos parecen naturales y propias de la situación la respuesta de Mario al pretor de Utica que le intimaba partir: "Dí a tu amo que viste a Mario fugitivo sentado en las ruinas de Cartago", y la de Pompeyo, a quien hablaban de las victorias de César: "En cualquiera parte de Italia en que yo dé con el pie, brotarán legiones"; y la exclamación de Camilo cuando halló a los senadores pesando el rescate de Roma al caudillo galo: "El hierro y no el oro debe rescatar a los romanos."

En ocasiones una de estas frases es el arranque de una suprema resolución. Bolívar en medio de la batalla de San Mateo, viendo que la balanza de la victoria se inclinaba a sus contrarios, echa pie a tierra, manda desensillar su caballo y grita a sus soldados: "¡Aquí, aquí moriré el primero!" palabras que recuerdan las de Sila, quien para detener las huestes que huían, dijo arrebatando una bandera: "Es glorioso para mí morir aquí. Si os preguntan en dónde habéis abandonado a vuestro General, responderéis que en Orcómeno." Otras veces es un recuerdo. Napoleón decía antes de una gran batalla: "¡Soldados; este es el mismo sol de Austerlitz"; y Escipión el Africano, citado delante del pueblo: "En tal día como hoy vencí a Aníbal y a Cartago. ¡Romanos! acompañadme al Capitolio a dar gracias a los dioses." —"Por Dios, amigos, decía Du-Guesclin, recorriendo las filas antes de la batalla de Cocherel, acordaos que tenemos un nuevo Rey en Francia: que seamos nosotros quienes hoy estrenemos su corona." Otras veces la elocuencia militar emplea el lenguaje sublime. Catinat obligado a atacar con fuerzas inferiores al Príncipe Eugenio junto al Oglio, respondió a un oficial que le decía: —"¿A dónde nos lleváis? ¿a la muerte? —Sí; es verdad; la muerte está delante de nosotros, pero la infamia detrás." Y en otras ocasiones, el tono de candor y de rudeza militar. Enrique IV elogió a Crillón en medio de su Corte diciendo: —¡Señores! ved aquí al primer capitán del mundo. —Habéis *mentido*, sire, pues sois vos, le respondió Crillón.

Si a la altitud del pensamiento ha de corresponder la dicción, la de Bolívar debía ser notable por su grandeza. El lo miraba todo

excelso y lo eran en efectos las empresas que acometía: eran nada menos que la libertad de medio mundo; la refundición en un solo cuerpo político de la Capitanía General de Venezuela, el Nuevo Reino de Granada y la Presidencia de Quito, con el nombre y bajo el estandarte de Colombia; era la reunión del congreso de Angostura en un rincón de las soledades de América, "en donde nada brillaba sino su genio, nada había de grande sino él mismo", a tiempo que el resto del país ardía en las llamas de la guerra o estaba dominado por los españoles; era la reunión del de Panamá, especie de Liga Anfictiónica que debía servir "de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias"; era la extinción de la esclavitud de la raza negra; y todo esto concebido sin probabilidades de realización y llevado a cabo finalmente a esfuerzos casi sobrehumanos en lucha tenaz de veinte años.

A los ojos del héroe desplegaba el Nuevo Mundo la majestad de sus portentosas magnificencias; sabanas dilatadísimas y desiertas, caldeadas por el sol de los trópicos; selvas primitivas, muchas de ellas no pisadas por planta humana, invadables ríos, gigantescos montes, que las nieves perpetuas ciñen con argentina diadema. En la conflagración de la guerra, los pobladores de las ciudades siguen a veces en masa a la retaguardia de los ejércitos republicanos; y éstos, compuestos de hombres arrancados ayer no más de entre los buques y las labores del campo, sin equipajes, sin raciones, sin hospitales, obligados a vivaquear al raso, librando su defensa sólo en el corcel y la lanza. Todas estas escenas y las vicisitudes de la campaña debían herir profundamente el alma y despertar ideas de sublime grandeza. Pero el espectáculo diario de aquéllas, nada engendraba en la mente de sus obstinados enemigos; los cuales, respirando entonces bajo el mismo cielo y pisando el mismo territorio, no lograron traspasar los límites de una pobre medianía en sus proclamas y comunicaciones oficiales: todo es, en efecto, pobre en ellas, pensamiento y formas; comoquiera que es privilegio del genio fecundizar, por decirlo así, la nada y hacer aparecer vivo y palpitante lo que yacía dormido, como si se tocara con la vara mágica de los encantadores de la leyenda.

A esto debe agregarse la profunda convicción de la justicia de la causa, el desinterés con que Bolívar la servía y la fe inquebrantable en la Providencia que dirigía sus armas.

"Yo soy uno de vuestros hermanos de Caracas, decía al empezar la reconquista de Venezuela en 1813, que arrancado prodigiosamente por el Dios de las misericordias de las manos de los tiranos que agobian a Venezuela, vuestra patria, he venido a redimiros del cautiverio en que yacíais. . . . Prosternáos delante del Dios Omnipotente, y elevad vuestros cánticos de alabanzas hasta su trono, porque os ha restituído el augusto carácter de hombres." Y después de la victoria de Araure decía, hablando a una junta popular en Caracas: "No he podido oír sin rubor, sin confusión, llamarme héroe y tributarme tantas alabanzas. . . . La Providencia, y no mi heroísmo, ha operado

los prodigios que admiráis.” Y cuando, después de haber atravesado, como por entre un océano de llamas, los campos de Venezuela y llevado la libertad a Cundinamarca, logró ver realizado el sueño de sus sueños, el anhelo eterno de su alma, con la creación de la República de Colombia, exclamaba: “La República de Colombia, proclamada por el congreso general, y sancionada por los pueblos libres de Cundinamarca y Venezuela, es el sello de vuestra independencia, de vuestra gloria nacional.—Yo contemplo con gozo inefable este glorioso período en que van a separarse las sombras de la opresión de los resplandores de la libertad. Tan majestuoso espectáculo me asombra y encanta.—Vuestra suerte va a cambiar: a las cadenas, a las tinieblas, a la ignorancia, a la miseria, van a suceder los sublimes dones de la Providencia: la libertad, la luz, el honor y la dicha.—Cundinamarqueses ¡quise ratificarme si deseabais aún ser colombianos; me respondisteis que sí, y os llamo colombianos!—Venezolanos ¡siempre habéis mostrado el vivo interés de pertenecer a la gran República de Colombia, y ya vuestros votos se han cumplido. La intención de mi vida ha sido una: la formación de la República libre e independiente de Colombia entre dos pueblos hermanos: lo he alcanzado: ¡Viva el Dios de Colombia!” Grito sublime de un noble propósito satisfecho, que contrasta con la repudiación del nombre de Dios hecha por los que vinieron luego, indignos hijos de la patria, a suceder en la primera magistratura nacional al héroe suramericano.

El estilo de Bolívar es propio suyo, no imitado de original alguno, como no fueron imitaciones las luchas que encabezó; y diferente por esto de los escritos trabajados a la luz de la lámpara; dominan en él como rasgos característicos, la viveza de la imagen con que reviste el pensamiento y la fuerza o la gracia de la frase con que lo enuncia. Si comparaba a sus soldados, lo hacía con los héroes de la Edad Media: “En menos de dos meses habéis terminado dos campañas, y habéis comenzado una tercera que empieza aquí y debe concluir en el país que me dio la vida. Vosotros, fieles republicanos, marcharéis a redimir la causa de la independencia colombiana como las Cruzadas libertaron a Jerusalén, cuna del cristianismo.” Mariño es “salvador de la patria”; Cedeño era “el bravo de los bravos de Colombia”, quien “desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su división por los obstáculos del terreno, dio contra una masa de infantería, y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia”.

Rivas es un general “sobre quien la adversidad no puede nada; héroe de Niquitao y Los Horcones, cuyo valor vivirá siempre en la memoria americana”; Urdaneta, “el más constante y sereno oficial del ejército”; D’Elhúyart, “el intrépido vencedor de Monteverde en las Trincheras”; Campo Elías, “pacificador del Tuy y libertador de Calabozo”; y Villapol, “el bizarro coronel que, desriscado en Vijirima, contuso y desfallecido, no perdió nada de su valor que tanto con-

tribuyó a la victoria de Araure". Y de éstos y de los demás guerreros dice que "no combatiendo por el poder, ni por la fortuna, ni aun por la gloria, títulos de libertadores de la República son sus dignos galardones".

Declara en un decreto día nefasto el de la muerte de Girardot, "joven héroe que hizo aciaga con su pérdida la batalla de Bárbula".

Plaza, muerto en Carabobo, "es acreedor a las lágrimas de Colombia, y a que el congreso le conceda los honores de un heroísmo eminente".

Boves y sus huestes son "bandas de tártaros que, embriagadas de sangre, intentaban aniquilar la América culta y cubrir de polvo los monumentos de la virtud y del genio.... Sus ejércitos, que eran demasiado numerosos, han quedado tendidos en los campos que hemos consagrado a la Libertad".

Pinta la devastación de América a causa de la guerra: "No ha sido Venezuela sola el teatro funesto de estas carnicerías horribles: la opulenta Méjico, Buenos Aires, el Perú y la desventurada Quito casi son comparables a unos vastos cementerios, donde el gobierno español amontona los huesos que ha dividido su hacha homicida."

La expedición de Haití "estaba formada de 300 hombres, comparables en valor, patriotismo y virtud a los compañeros de Leonidas. Casi todos han muerto ya; pero el ejército exterminador también ha muerto. Trescientos patriotas vinieron a destruir 15.000 tiranos europeos, y lo han conseguido".

De Bolivia decía que era "república que nació coronada con los laureles de Ayacucho"; llamaba a Colombia "madre de los héroes" (*parens magna virum*); y "la América unida, si el Cielo nos concede este deseado voto, escribía al supremo Director de las Provincias Unidas del Río de La Plata, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas".

Inglaterra es "la patria de la gloria"; a Cartagena, ciudad en que empezó la libertad de Colombia, la apellida "redentora"; y de la capital de Boyacá dice: "¡Tunja! esta ciudad es heroica: en ella la reacción del espíritu ha sido proporcionada a la opresión terrible de tres años."

Llama la guerra a España "guerra santa", y a la Constitución de la República, "el arca santa que fija para siempre los destinos de Colombia".

La comunicación en que el gobierno le anuncia el reconocimiento de la República por "la señora de las naciones", la Gran Bretaña, "es gloriosa".

Y al participar al congreso el triunfo de Carabobo, escribe: "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República.... Acepte el Congreso Soberano, en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y el más hermoso que ha hecho armas en un campo de batalla."

Y de él mismo decía: "Venezuela me vio aparecer en su territorio cubierto con los favores de la fortuna."

En medio del fuego de la pasión encuentra siempre la imagen poética para expresar las ideas más comunes, y esta es la dote característica de su estilo: *difficile est proprie communia dicere*. El desastre de La Puerta sepultó en el caos nuestra afligida patria; y nada pudo entonces parar los rayos que la cólera del Cielo fulminaba contra ella. . . . La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela, y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego. Yo imploré la protección del Dios de la humanidad, y luégo la redención dispó las tempestades." Hablando de las esperanzas del triunfo: "Morillo. . . muy pronto no fechará en Venezuela sus mentirosos despachos", escribía al Capitán General de La Barbada. Anuncia desde la ciudad de Angostura la libertad de Cundinamarca: "Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas, provincias de vuestro territorio; y esta misma vanguardia, poderosamente auxiliada, ahogará en los mares a los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su período, sin ver en todo vuestro territorio altares a la Libertad." Al marchar al Perú con el ejército colombiano exclamaba: "¡Soldados! vais a completar la obra más grande que el Cielo ha encargado a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud.—Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos: ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras, que han brillado en mil combates. El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la Victoria, y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo."—Los soldados libertadores que han venido desde La Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco, decía al congreso peruano, no volverán a su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre al Perú, o todos morirán: señor, yo lo prometo." Y después de Junín: "¡Peruanos! Bien pronto visitaremos la cuna del imperio peruano y el templo del Sol. El Cuzco tendrá en el primer día de su libertad más placer y más gloria que bajo el dorado reino de los incas."

Ningún hombre en América, en los tiempos antiguos ni modernos, se vio elevado a mayor altura que Bolívar: la gloria del mismo Washington, con ser tan grande, aparece pálida si se compara con la del héroe colombiano: aquél disponía de copiosos elementos para labrar la independencia de la América del Norte; Bolívar debía libertar un territorio más vasto, y carecía de todo; pero la fortuna, que le fue contraria tantas veces, tenía la rara virtud de fortificar su ánimo, y al otro día de la más completa derrota formaba nuevo ejército como por encanto, y comparecía denodado al frente de su enemigo. Su presencia entusiasmaba al soldado; sabiendo que Bolívar era el Jefe, los ciudadanos reposaban tranquilos; su tránsito por las poblaciones era un triunfo: al saberse que se acercaba a una de ellas, las campanas se echaban a vuelo, alfombrábanse de flores los caminos, y las gentes salían a recibirlo proclamándolo alborozadas,

Padre de la Patria y Libertador de la República; los Congresos le daban gracias, le tributaban honores y lo invistieron muchas veces del tremendo poder de la dictadura; la poesía contaba sus triunfos y la Historia se preparaba a "grabar su nombre en las tablas del templo de la Memoria con el buril incomparable que hace resplandecer cuanto toca". Pues a colocarlo en grado tan eminente no contribuyó menos que su valor, su talento y su acendrado patriotismo, la elocuencia de su palabra que era necesaria para sacudir corazones inertes con el hielo de una esclavitud de siglos, llevar los pueblos al combate, vencer y fundar una Patria. Su estilo oriental, lleno de imágenes, era el conveniente para hablar a hombres de la raza latina; y el timbre mismo de su voz, que resonaba rápido, animado, vehementemente, como se oyen rodar en las bóvedas de una antigua iglesia las notas terribles del *Dies iræ*, que se alcanzan, se atropellan, se mezclan, sin que ese tumulto pasmoso dañe en manera alguna a la armonía, no contribuía poco para lograr el efecto apetecido. Unas veces llevado en triunfo por la ola popular subía al Capitolio y arengaba a los senadores; otras recorriendo a caballo las filas del ejército, descubierta la cabeza, con la espada desnuda, proclamaba a los soldados: tal fue en Araure, en Boyacá, en Junín. Es preciso haberlo visto, es preciso haberlo oído, para saber lo que valía su palabra. En la colección de sus discursos y proclamas, no están incluidas sus improvisaciones, en las cuales brillaba todo el fuego de su espontánea elocuencia.

En octubre de 1827 volvió Bolívar de Caracas a Bogotá. El Congreso colombiano lo esperaba reunido en la iglesia de Santo Domingo. Un pueblo inmenso llenaba ese recinto y se extendía en las calles circunvecinas. El Libertador atravesó al largo trote de su caballo la carrera, pasando por debajo de los arcos triunfales, al són de la música guerrera y del estampido del cañón, y se desmontó en el atrio del templo. Resonaron las espuelas del héroe en el pavimento; todo el concurso se puso en pie, y él fue rápidamente a colocarse debajo de un dosel a que hacían sombra las banderas de la Patria, que parecían inclinarse respetuosas al Libertador; éste, después de saludar al Senado y al pueblo, habló. El eco de su voz era alto, estridente, desgarrador, como acostumbrado a arengar al ejército, prolongando el sonido de las erres y las eses de las palabras. Se hallaba entonces Bolívar en la plenitud de la vida, lleno de fuerza y lozanía; su estatura sin ser elevada era gallarda; sus movimientos, rápidos y graciosos; sus cabellos negros y crespos empezaban a argentarse ya, más que por el transcurso del tiempo, por las tormentas de la vida; su faz, antes de una blancura perfecta, ahora tenía el color bronceado que da el sol de los trópicos, y sus ojos, negros, vivos, inquietos, tenían la mirada del águila, unida al brillo del relámpago de los cielos.

Aquel momento fue solemne. Yo, niño entonces, al presenciar tal escena, comprendí el alto prezo que alcanzan el heroísmo puro y la sublime virtud; y su recuerdo quedó grabado en mi mente con la

profundidad que imprimen los sucesos extraordinarios que no se repiten en la vida.

El corazón de Colombia, ensanchándose, palpitaba de gozo; sus brazos se abrían para estrechar en ellos a su hijo predilecto, y sus manos se alzaban para colocar en su frente las coronas debidas al vencedor. Detrás del héroe reverberaba el resplandor de la gloria; las banderas acribilladas a balazos que había llevado a la pelea, le formaban un dosel; los que lo contemplaban creían oír resonar los nombres de las grandes batallas: Araure, Boyacá, Junín... en las que rindieron las armas los soldados afamados de Zaragoza y de Bailén. Ese hombre extraordinario que estaba allí de pie había corrido de victoria en victoria "desde las orillas del Orinoco a las cimas argentinas del Potosí", y la espada que le pendía al lado era la misma con que había roto las cadenas de cinco millones de esclavos y fundado tres naciones; ese hombre era a modo de los caballeros de las antiguas leyendas, vaciado en el molde de César y Napoleón por el ingenio y el valor, y más grande por la virtud que los Godofredos, los Bayardos y los Turenas de otras edades. El sentimiento que despertaba era extremo: el amor de los suyos corría parejas con el odio que le profesaban sus enemigos; aquel rayaba en el frenesí, éste iba hasta intentar el asesinato; su nombre era escudo para los buenos, infundía terror en los malos y se invocaba como talismán sagrado en los peligros de la Patria.

El remate de su magna empresa, como dije ya, no se debió únicamente a la fuerza de su espada, pues por mucho debe contarse el poder de su palabra. Fue así en efecto; y para convencerse de ello bastará saber que en tiempo de la guerra era un crimen digno del cadalso el poseer alguna de las proclamas de Bolívar, y conocer el recurso a que apelaban los patriotas para comunicárselas. Había personas, por lo regular jóvenes doncellas, en quienes podían recaer menos sospechas, que las aprendían de memoria y las iban repitiendo de casa en casa en el más retirado apartamiento y a puerta cerrada; especie de rapsodas de la Libertad, encantadoras por su belleza, por su juventud y por su amor patrio, que remedaban a los que iban recitando por las ciudades de la Grecia los cantos del poeta inmortal.

No prestándose los límites de este estudio para dar largas muestras de los escritos del Libertador, copiaré uno o dos fragmentos únicamente.

Hoy, cuando ha corrido ya más de medio siglo y nos hallamos tan lejos de los sucesos de la guerra; cuando el tiempo ha cicatrizado las heridas que ella abrió; nosotros ligados a la Madre Patria con los santos vínculos de un origen común, de una misma religión y de un mismo idioma; exentos de los odios feroces y anticristianos que infunden la ignorancia de la historia y las exageraciones de las escuelas ultrademocráticas, reconocemos a la luz de un sano criterio que el grave error del Gobierno español en la época de la guerra

de la independencia consistió en la clase de hombres, o desalmados o facinerosos, desnudos de toda piedad y sentimientos humanos que envió a Colombia para subyugarla. Refiriéndose a éstos dice el poeta laureado Quintana:

Su atroz codicia, su inclemente saña
Crimen fueron del tiempo, y no de España.

Es cosa innegable que las atrocidades que cometieron fueron tales y tantas que pusieron al General Bolívar, varón que acreditó por otra parte su generosidad en veinte campos de batalla, en la terrible necesidad de declarar la guerra a muerte.

La lucha entre los beligerantes había sido larga y obstinada: se había peleado dondequiera; en las ciudades, en las sabanas, en los ríos, en los desiertos, en la cumbre de las montañas, en la falda de los volcanes. Fuera de los muertos en las escaramuzas, en las sorpresas repentinas, en las batallas campales, habían perecido en los patibulos a cientos, y las cárceles y los pontones estaban llenos de prisioneros. La guerra había paralizado las operaciones del campo y se sufría carestía y hambre. Padres, hijos, esposos, cuantos podían disparar un fusil, habían abandonado sus hogares para correr al campo de la lucha; la espada y la tea pasaron segando vidas e incendiando poblaciones: parecía como si el genio de la destrucción hubiera paseado su fúnebre carro por la vasta extensión de la tierra colombiana, y el Libertador entonces, haciendo violencia a sus naturales sentimientos, se vio forzado a usar de justas represalias: "españoles y canarios, dijo en el tremendo decreto de Trujillo, ¡contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela!"

Bolívar, sin embargo, ansiaba por la paz. El General don Pablo Morillo la ofreció al cabo, pero con dependencia a España. Bolívar respondió: "Se nos ha ofrecido Constitución y paz; hemos respondido: paz e independencia, porque sólo la independencia puede asegurar la amistad de los españoles, la voluntad del pueblo y sus derechos sagrados. Nadie tema al ejército libertador que no viene a romper sino cadenas; que lleva en sus banderas los colores del iris, y que no desea empañar sus armas con la muerte."

Movido de estos sentimientos convino en un armisticio, y más luégo tuvo una entrevista con el jefe español en el pueblo de Santa Ana, y se firmó un tratado para la regularización de la guerra. Allí debió acabar ésta; no lo quiso así el Cielo, que reservaba todavía para Colombia largos días de dolorosa prueba, y que había decretado que dos pueblos hermanos por la naturaleza fueran irreconciliables enemigos.

"¡Soldados! decía Bolívar anunciando la tregua, ¡soldados! el primer paso se ha dado hacia la paz.... El Gobierno español, ya libre y generoso, desea ser justo para con nosotros: sus generales han mostrado franca y lealmente su amor a la paz, a la libertad y aun a Colombia.... La paz hermosea con sus primeros y espléndidos

rayos el hemisferio de Colombia; y con la paz contad con todos los bienes de la libertad, de la gloria y de la independencia. Pero si nuestros enemigos, por una ceguedad que no es de temer ni aun remotamente, persistieren en ser injustos, ¿no sois vosotros los hijos de la victoria?”

Notificando después al ejército la terminación de la tregua le encarecía la clemencia: “¡Soldados! escribió, la paz debió ser el fruto del armisticio que va a romperse; pero la España ha visto con indolencia los horrorosos tormentos que padecemos por su culpa. . . . Colombia espera de vosotros el complemento de su emancipación; pero espera aún más, y os exige imperiosamente que en medio de vuestras victorias seais religiosos en llenar los deberes de nuestra santa guerra. . . . Os hablo, soldados, de la humanidad, de la compasión que sentiréis por vuestros más encarnizados enemigos. Ya me parece que leo en vuestros rostros la alegría que inspira la libertad, y la tristeza que causa una victoria contra hermanos. —¡Soldados! interponed vuestros pechos entre los vencidos y vuestras armas victoriosas, y mostraos tan grandes en generosidad como en valor. . . . Esta guerra no será a muerte, ni aun regular siquiera: será una guerra santa; se luchará por desarmar al adversario, no por destruirlo. Competiremos todos por alcanzar la corona de una gloria benéfica. . . . —Todos son colombianos para nosotros, y hasta nuestros invasores, cuando quieran, serán colombianos. Sufrirá una pena capital el que infringiere cualquiera de los artículos de la regularización de la guerra. Aun cuando nuestros enemigos los quebranten, nosotros debemos cumplirlos, para que la gloria de Colombia no se mancille con sangre.”

Bolívar marchaba al Perú. En Pasto proclamó a los pueblos de este modo:

“¡Colombianos! Ya toda vuestra hermosa Patria es libre. Las victorias de Bomboná y Pichincha han completado la obra de vuestro heroísmo. Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú, el Ejército Libertador marchando en triunfo ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia. Una sola plaza resiste; pero caerá.

“¡Colombianos del Sur! La sangre de vuestros hermanos os ha redimido de los horrores de la guerra. Ella os ha abierto la entrada al goce de los más santos derechos de libertad e igualdad. Las leyes colombianas consagran la alianza de las prerrogativas sociales con los fueros de la naturaleza. La constitución de Colombia es el modelo de un gobierno representativo, republicano y fuerte: no esperéis encontrar otro mejor en las instituciones políticas del mundo, sino cuando él mismo alcance su perfección. Regocijaos de pertenecer a una gran familia, que ya reposa a la sombra de bosques de laureles, y que nada puede desear sino ver acelerar la marcha del tiempo para que desarrolle los principios eternos del bien que encierran nuestras leyes.

“¡Colombianos! participad del océano de gozo que inunda mi corazón, y elevad en los vuestros, altares al Ejército Libertador, que os ha dado gloria, paz y libertad”.

Es notable la descripción siguiente en su discurso al Congreso de Angostura:

“La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado, ha sido el voto uniforme de los pueblos y Gobierno de estas Repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas entre sus océanos que la naturaleza había separado y que nuestra Patria reúne con prolongados y anchurosos canales; ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana; ya veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo hemisferio; ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza; ya la veo sentada sobre el trono de la Libertad, empuñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, mostrar al Mundo Antiguo la majestad del Mundo Nuevo.”